

## LOS «SERUI» EN LA POESÍA EROTICA DE OVIDIO \*

Ya dijimos en otra ocasión <sup>1</sup> que el *Ars Amatoria* contiene muchos detalles de tipo social, mitológico, etc., específicos de la vida romana, y lo mismo podríamos decir de los *Amores*. Ambas obras tienen como meta, en términos generales, la conquista y posesión de la mujer amada. Sin embargo, también las dos tienen fines propios diferentes; en la primera cronológicamente, los *Amores*, Ovidio celebra a Corina, la mujer que amó apasionadamente y que le sirvió de musa; a ella, *mea lux* <sup>2</sup>, dedicó el sulmonense doce elegías llenas de un lirismo sublime, no exento a veces de una manifiesta concupiscencia. El *Ars Amatoria* es un hermoso libro de estrategia amorosa, en el cual, las mujeres primero y los hombres después, aparecen como discípulos a los que el poeta —docto en la materia— instruye.

No obstante, los *Amores* y el *Ars* <sup>3</sup> son unas magníficas obras que, a la par que nos describen asuntos eróticos, sirven también para suministrarnos una serie de pormenores relativos a la vida cotidiana de los romanos. De todos ellos destaca, por su importancia y complejidad, el relativo a los esclavos. Sabido es que el *seruus* en la historia de la literatura latina ha aparecido infinidad de veces; unas, ridículo, grotesco y extravagante; otras, más humano y personalizado, pero siempre con una misión importante y fundamental. Antes de examinar minuciosamente cuál es el papel del esclavo en las obras que nos ocupan, será conveniente que demos una ojeada histórica a los autores que los plasmaron en sus escritos.

Fijemos nuestra atención, en primer lugar, en los comediógrafos Plauto y Terencio; por lo común los temas de sus comedias son parecidos, aunque en

\* En el presente trabajo se han estudiado solamente los *Amores* y el *Ars Amatoria*.

<sup>1</sup> Cf. nuestro artículo «La mujer ovidiana en el *Ars Amatoria*», *Cuadernos de Filología*, II (Valencia, Bello, 1971), 65-82.

<sup>2</sup> Cf. OVID., *Am.*, II, 17, 23.

<sup>3</sup> Como cariñosamente llama Ovidio al *Ars Amatoria*; cf. *Ars*, III, 25.

Terencio los personajes los vemos más humanos, nobles y sensibles. Encontramos en las obras de los dos todos los tipos convencionales creados por la causticidad latina: los jóvenes dilapidadores y libertinos, las heteras hábiles y taimadas, los padres otrora calaveras y alocados y ahora sensatos y adustos, las jovencitas tímidas y dulces, los traficantes de esclavos avaros y brutales... Y también son elemento imprescindible los esclavos. Acabamos de decir que la comedia de Terencio es más fina y pulida que la de su predecesor y que también lo son sus personajes. La posición de los *serui* en uno y otro corroborarán nuestros asertos.

De las veintiuna comedias plautinas que han llegado hasta nosotros, ninguna como el *Pseudolus*<sup>4</sup> para fijar nuestra posición; el resumen de la misma es el siguiente: un joven —*Calidorus*— enamorado y sin dinero pretende apoderarse de su amada —*Phoenicium*—, que está en poder de *Ballio*, traficante de esclavos; después de mil peripecias lo conseguirá merced a los buenos oficios de su esclavo *Pseudolus*. He aquí, pues, que *Pseudolus seruus* es el personaje principal de esta obra, como nos lo indica el propio nombre de la comedia y el hecho de encabezar el reparto de las *personae*. Las propias palabras de Plauto definirán al esclavo en cuestión<sup>5</sup>:

*Rufus quidam, uentriosus, crassis suris, subniger,  
Magno capite, acutis oculis, ore rubicundo, admodum  
Magnis pedibus.*

Es decir, en esta comedia plautina aparece el esclavo como un ser despreciable y digno de lástima debido a las deformaciones físicas: «... de vientre prominente, gruesas pantorrillas, enorme cabeza...». A pesar de lo cual, «abrite une intelligence d'élite et un coeur intrépide, un attachement et un dévouement sans bornes à son maître»<sup>6</sup>, ya que, como sabemos, él proporcionará a Calidoro, su dueño, la suma de dinero necesaria para rescatar a su amada. Este ejemplo de Plauto nos indica claramente que el *seruus* era un personaje inteligente<sup>7</sup>, desenvuelto y que gozaba de una total libertad sobre las tablas; aunque esto último, suponemos, los mismos romanos de los siglos III y II lo consideraban como una fantasía escénica, producto de las mentes de los escritores ávidas de excentricidades. Además, únese a esto el hecho de que todos los temas y caracteres del teatro plautino pertenecían al repertorio de la Comedia Griega —en especial de la Comedia Nueva—, que gozaba de gran predicamento en

<sup>4</sup> Por esta obra y por el *Truculentus* sentía Plauto una especial predilección. Cf. Cic., *Cato maior siue De Senectute*, XIV, 50: *Quam gaudebat... Naevius!, quam Truculento Plautus, quam Pseudolo!*

<sup>5</sup> Cf. PLAUT., *Pseud.*, 1218-20.

<sup>6</sup> Cf. A. ERNOUT, *Plaute. Pseudolus, Rudens, Stichus* (Paris, Les Belles Lettres, 1962), 9.

<sup>7</sup> Cf. J. CHR. DUMONT, «La stratégie de l'esclave plautinien», *Revue des Études Latines*, XLIV (Paris, Les Belles Lettres, 1967), 182-203.

la urbe. Las obras de Menandro, Dífilo, Filemón y otros, portaesdandartes de la Comedia Atica, son las que sirvieron de modelo a algunas piezas de Plauto y Terencio; y ya entre las características de la Comedia Nueva cabe destacar, nos dice Lesky, el que convergen en ella diversas tendencias; por ejemplo, «el criado que relata el comportamiento particular de un personaje... es comparable... al esclavo de *Alcestis* ... o a las *Avispas*, donde Jantias describe la frenética actividad de Filocleón...»<sup>8</sup>. Sin embargo, ya hallamos en Plauto ideas de la igualdad esencial de los hombres, como cuando hace decir a un esclavo: *Tam ego homo sum quam tu* (*Asin.*, 489).

Gran diferencia media entre las comedias de Plauto y las de Terencio, pues, aunque los temas son los mismos (cf. *supra*), éste último se esforzó por lograr una psicología más real y verdadera. Sin duda alguna, la característica más peculiar de Terencio como autor de dramas es «la preocupación por el orden en la composición de sus comedias y la exactitud en el dibujo de los caracteres», nos dice Rubio<sup>9</sup>. Todos sus personajes aparecen mucho más humanos que los de Plauto, debido en gran parte al cambio tan brusco que había dado la sociedad de Roma. Una vez alcanzado por ésta su cenit político y espiritual —que ocurrió entre el triunfo de Paulo sobre Perseo (año 168 a. de C.) y la muerte de Escipión el Joven (año 129 a. de C.)— comienza a operarse entre las clases elevadas y las gentes de letras una metamorfosis radical; a saber, el sentimiento de la *humanitas*, es decir, el ser humano, como centro de atención de todas las miradas.

Los términos *religio*, *uirtus* y *pietas* empiezan a cobrar fuerza y vemos cómo la actividad de los escritores tiende hacia otros derroteros: valoración de toda actividad humana, respeto por los demás hombres, disposición anímica para satisfacer los deberes y las obligaciones para con la divinidad, contemplación y amor por la naturaleza, etc.; además, hemos de tener en cuenta que por esta época estaban de moda los Círculos Literarios, cuyo máximo exponente era el denominado Círculo de los Escipiones, y al que pertenecían, entre otros, Escipión Emiliano, Lelio —el *Sapiens* por antonomasia—, Tuberón, Q. Escévola, L. Fanio, Polibio, Panecio, Terencio...; de todos ellos, parece ser que fue este último el que se erigió en portavoz y en poeta favorito: en sus obras plasmó de manera inigualable todo cuanto pregonaban los Escipiones<sup>10</sup>.

Pero, volviendo otra vez al tema de nuestro estudio, hemos de decir que en el teatro de Terencio se opera una evolución sentimental y moral, anun-

<sup>8</sup> Cf. A. LESKY, *Historia de la Literatura Griega*, trad. esp. (Madrid, Gredos, 1968), 688.

<sup>9</sup> Cf. L. RUBIO, *Terencio. Comedias: «La Andriana», «El Eunuco»* (Barcelona, Alma Mater, 1957), XLIII.

<sup>10</sup> Para todo lo concerniente al Círculo de los Escipiones, cf. en especial: P. GRIMAL, *Le siècle des Scipions. Rome et l'hellénisme au temps des guerres puniques* (Paris, Aubier, 1953); R. HARDER, *Die Einbürgerung der Philosophie in Rom*, Kleine Schriften, VII (München, Beck, 1960), 330-53.

ciada en cierto modo —y son palabras de Rostagni<sup>11</sup>— al comienzo de la *Andriana*, en el diálogo entre Simón y su esclavo Sosia<sup>12</sup>:

SIM. *Ego postquam te emi, a paruolo ut semper tibi  
apud me iusta et clemens fuerit seruitus,  
scis...*

SOS. *Gaudeo  
si tibi quid feci aut facio quod placeat, Simo, et  
id gratum fuisse aduersum te habeo gratiam.*

Es evidente, así pues, que hay una gran diferencia entre el esclavo de Plauto y el de Terencio. En este último continúa teniendo toda la *uis* cómica, habilidad e inventiva que eran tradicionales; sin embargo, carece de la desvergüenza, petulancia y descaro que tenían en Plauto; además, en las obras del escritor de Cartago «nunca los vemos ridiculizar las debilidades de sus amos..., siempre respetuosos y sumisos, con una fidelidad que llega a veces hasta el sacrificio; han adquirido cierto decoro y señorío, cierta delicadeza... y cierta urbanidad...»<sup>13</sup>.

Durante esta época, esto es, en el siglo II, tuvo lugar la gran expansión romana, al principio sobre el Oriente helenístico —guerra contra Filipo V de Macedonia; Perseo; reducción de Grecia...— y luego sobre Occidente —destrucción de Cartago; establecimiento en la Galia meridional...—. A raíz de todo esto se produjo una radical transformación en la vida económica y social de Roma; por una parte, la diferenciación de clases era un hecho ostensible: la aristocracia, aferrada a las viejas tradiciones, se helenizaba a pasos agigantados; la plebe se hacía por momentos más cosmopolita. Y, por otra parte, la enorme afluencia de riquezas, obras de arte y esclavos procedentes de todos los rincones del mundo impulsó a la molicie y a la búsqueda de nuevas sensaciones. La invasión del helenismo, al principio sin traba alguna, encontró muy pronto hostil oposición por parte de los senadores, cansados y hastiados de la corrupción de la fe nacional; esto, que revestía caracteres de verdadera tragedia, desembocó en el año 181 antes de Cristo en la quema de los libros pitagóricos encontrados en la tumba del rey Numa<sup>14</sup>.

Un hombre radicalmente opuesto al helenismo fue el que se erigió en portavoz de esa «desconfianza senatorial»: M. Porcio Catón. Aparte de su personalidad realmente extraordinaria, nos importa Catón porque es el creador de la prosa latina. Si hasta ahora hemos resumido cuál es la postura de los dos comediógrafos latinos, es el momento de conocer la opinión del primer pro-sista.

A decir de Plutarco (*Cat. Maior*, V), «el servirse de los esclavos como

<sup>11</sup> Cf. A. ROSTAGNI, *Storia della Letteratura Latina*, I (Turín, UTET, 1964), 302.

<sup>12</sup> Cf. TERCENIO, *Andria*, 35-42.

<sup>13</sup> Cf. L. RUBIO, *Terencio. Comedias...*, XLVI.

<sup>14</sup> Cf. J. BAYET, *Literatura Latina*, trad. esp. (Barcelona, Ariel, 1966), 85.

acémilas y deshacerse de ellos luego y venderlos a la vejez, para mí no puede ser sino de un hombre cruel y que no se cree enlazado a ningún otro más que con el vínculo de la utilidad». Según estas palabras, Catón debió de tener con los esclavos un trato duro y riguroso, y algo de verdad debe de haber en las frases de Plutarco, ya que, a decir del propio Catón, *pater familias... seruum senem, seruum morbosum, et siquid aliud supersit, uendat* (*Agric.*, II, 7). Sin embargo, no hemos de juzgar al de Túsculo por una simple alusión, ya que entonces no nos podríamos forjar una idea completa de su pensamiento; así, por ejemplo, en la misma obra que acabamos de mencionar, vemos más abajo las siguientes palabras: *Litibus familia supersedeat; siquis quid deliquerit, pro noxa bono modo uindicet* (*Agric.*, V, 1). Es indudable que el término *familia* se refiere a la «servidumbre», o mejor dicho, al «conjunto de esclavos que están bajo el poder del *pater familias*, y que el *bono modo* echa por tierra rápidamente la opinión de Plutarco sobre Catón de que «era un hombre cruel». Nos atrevemos, por tanto, a asegurar que tal vez el juicio más acertado sobre el de Túsculo esté en un término medio, pues si bien es verdad que muchas veces encontramos a un Catón despiadado e implacable en lo relativo a los esclavos, no es menos cierto también que en otros momentos aparecen los sentimientos de altruismo y probidad, dignos de un espíritu tranquilo y benevolente.

Aunque la prosa fue un género literario que había comenzado tardíamente, muy pronto alcanzó cimas insospechadas; después del empuje que le había dado Catón el Censor, los escritores latinos, partidarios o enemigos del de Túsculo, ponen sus miras en él y se aprestan a darle el impulso definitivo, que culminará no mucho después con Cicerón. Sin embargo, el lapso de tiempo que media entre estos dos escritores, conocido como la «época de los Gracos», aportó a la literatura latina unos nombres realmente interesantes; y aunque la inmensa mayoría de ellos no nos son muy conocidos, con todo el magnífico libro de H. Bardon<sup>15</sup> ha puesto muchas cosas en claro y ha facilitado en gran manera su instrucción.

Es en esta era cuando los esclavos, que en gran número había en Roma, empiezan a ser utilizados como ayudantes de algunos escritores, e incluso hay autores que sentían gran predilección por los siervos, como nos lo demuestran sus propias palabras; por ejemplo, Lucilio, que frecuentaba también el Círculo de los Escipiones, «avait déploré la mort d'un esclave cultivé, Métrophane»<sup>16</sup>; también en otro fragmento de la producción luciniana<sup>17</sup> encontramos citas referentes a los esclavos, por lo general doctos griegos que habían llegado a la urbe como preceptores de los aristócratas romanos y que luego habían conseguido la manumisión. En especial, nos recuerda el nacido en Suessa Aurunca el elevado precio que había pagado Lutacio Cátulo por un tal Dafnis; este

<sup>15</sup> Cf. H. BARDON, *La Littérature Latine Inconnue* (Paris, Klincksieck, I, 1952; II, 1956).

<sup>16</sup> Cf. H. BARDON, *La Littérature...*, I, 122.

<sup>17</sup> Cf. LUCILIO, 750 y ss.

esclavo había pertenecido al principio a M. Escauro, el cual lo había comprado por 700.000 sestericios, según nos dice Plinio el Viejo<sup>18</sup>, y más tarde, al morir M. Escauro, el esclavo Dafnis fue comprado por la misma suma por Lutacio Cátulo, el cual prescribió en su testamento que fuera *brevi manumissum* después de su muerte<sup>19</sup>. Así pues, convertido en Lutacio Dafnis tenía, como acabamos de ver, un origen servil y llegó incluso a escribir un libro titulado *Communis Historia* o *Communes Historiae*.

De los dos Gracos, Tiberio y Gayo, éste último, a decir de Cicerón<sup>20</sup>, componía sus discursos con la ayuda de *Menelaus Marathenus* y de otros colaboradores. También, y son palabras del propio Cicerón, los discursos de P. Sulpicio Rufo fueron escritos por P. Canutio después de su muerte, e incluso el que lleva por título «La defensa de C. Aurelio Cota», inculpaado por la ley Varia, fue compuesto por Lucio Elio Estilón<sup>21</sup>. Es evidente, así pues, que la inteligencia y la cultura de los esclavos eran altamente queridas y apreciadas por la aristocracia romana, la cual utilizaba el «saber» de éstos para alcanzar sus propios fines; fines que se podían resumir en los siguientes: separación cada vez más acusada de las clases inferiores, mantenimiento de las antiguas tradiciones y ostentación del rancio abolengo que venía de muy antiguo. El trabajo en común de dueños y esclavos, los mutuos intereses en bastantes casos, el afán por saber las mismas cosas... acarrearón el nacimiento de lazos de afecto indestructibles; sin embargo, no todas las relaciones dueño-esclavo tenían el mismo denominador común, como es el caso de Ser. Sulpicio Galba, el cual, mientras preparaba sus discursos, junto con sus secretarios, «sa fougue l'entraînait à les maltraiter quelque peu»<sup>22</sup>.

Terminada la tentativa de los Gracos, el conjunto que formaban el Estado y la sociedad romanos, procuraron restablecer de nuevo el equilibrio interior; para que el Estado adquiriera otra vez el prestigio que antaño tenía, fueron precisas la guerra Social —del 90 al 88—, una serie de proscripciones y la dictadura de Sila —del 82 al 79—. Al mismo tiempo comenzaron a erigirse los intereses personales de los caudillos de los distintos partidos: César, Pompeyo y Craso fueron los máximos exponentes de las distintas facciones; la aristocracia y los ricos siguieron diferenciándose del resto de las clases y continuaban aferrados a las caducas instituciones: el *mos maiorum* era inviolable y sentían un profundo respeto por todo lo ancestral. Es por eso por lo que los nobles de la época de Cicerón tenían a gala hablar griego normalmente y mantener en sus casas a griegos —casi todos esclavos— doctos e instruidos.

<sup>18</sup> Cf. PLINIO EL VIEJO, *Nat. Hist.*, VII, 128.

<sup>19</sup> Cf. SUTTON., *De Gramm.*, III.

<sup>20</sup> Cf. CIC., *Brut.*, XXVI, 100.

<sup>21</sup> Cf. CIC., *Brut.*, LVI, 205.

<sup>22</sup> Cf. H. BARDON, *La Littérature...*; I, 123. Es una cita de Cic., *Brut.*, XXII, 88, el cual dice: (*Rutilius*) *addebat...*, *scriptores illos male mulcatos exisse cum Galba; ex quo illum non in agendo solum, sed etiam in meditando uehementem atque incensum fuisse.*

Resulta, por tanto, lógico que toda la producción literaria de esta era se halle impregnada de nuevas sensaciones acordes con las formas de vida de la edad; los poetas sienten un enorme desprecio por la plebe y se apartan de todo lo que es vulgar; el teatro sigue su camino agonizante y no hay figuras que logren enderezarlo; por el contrario, la prosa latina, que en el siglo anterior había cobrado bríos insospechados, se desenvuelve maravillosamente bien y madura muy de prisa, debido en especial al progreso de la elocuencia. Y el pueblo, esa masa ingente de individuos heterogéneos, «no era romana ni por raza ni por afición»<sup>23</sup>, en el que cada vez se iban mezclando en mayor cantidad gentes de todo tipo y condición, preferentemente asiáticos; unos eran comerciantes y aventureros llegados de todos los rincones del mundo con afanes lucrativos, otros eran griegos esclavos o prisioneros, los más pertenecían al contingente de siervos manumitidos de las razas más diversas. Tal era el estado de cosas en la Roma del siglo I antes de Cristo.

De los escritores de este período hemos escogido como portavoz a Cicerón, máximo exponente de la prosa latina. Nos es imposible hablar aquí, dados los estrictos límites de nuestro estudio, de la producción ciceroniana en general, extensísima en el espacio y en el tiempo; y por eso vamos a ver qué opinión le merecen al de Arpino los esclavos, basándonos en las referencias que poseemos de su correspondencia, concretamente de su epistolario con Tirón. De aquí, pues, extraeremos las ideas que nos permitirán conocer la postura de Cicerón.

Sin ningún género de duda, es en el *Epistolario* donde podemos admirar la psicología de este autor, ya que en la mayoría de las otras obras se nos pierde en medio del abigarrado laberinto de sus períodos; además, el conjunto de su personalidad y de su actividad quedaría incompleto y deficitario si no nos fijásemos en la producción epistolar, en la cual quedan claramente determinadas las diferentes «fasi di una vita così intensa, così rappresentativa, così ricca di amicizie e di inimicizie e di relazioni comunque importanti...»<sup>24</sup>. La correspondencia de Cicerón tradicionalmente viene compendiada en cuatro grupos: *Ad Familiares*, *Ad Atticum*, *Ad Quintum fratrem* y *Ad M. Brutum*, de entre los cuales pondremos nuestra atención en el primero.

Las cartas *Ad Familiares* fueron publicadas por *M. Tullius Tiro*, liberto de Cicerón después de la muerte de este último; Tirón se preocupaba de conservar las copias de las epístolas que su dueño escribía a sus amigos y más tarde las clasificó en diferentes *uolumina*<sup>25</sup>. Los títulos de los dieciséis libros que componen el *Ad Familiares* nos indican que «chacun de ces livres était un *uolumen* de Lettres à tel ou tel personnage»<sup>26</sup>. Tirón acompañó a su dueño a Cilicia, pero en el viaje de regreso enfermó *κακοστόμαχος*<sup>27</sup> y tuvo que per-

<sup>23</sup> Según expresión de J. BAYET, *Literatura Latina*, 128.

<sup>24</sup> Cf. A. ROSTAGNI, *Storia della Letteratura...*, I, 593.

<sup>25</sup> Cf. Cc., *Ad Att.*, XIII, 6, 3; *Ad Fam.*, XVI, 17.

<sup>26</sup> Cf. L. CONSTANS, *Cicéron. Correspondance*, I (Paris, Les Belles Lettres, 1969), 13.

<sup>27</sup> Cf. Cc., *Ad Fam.*, XVI, 4, 1.

manecer en Patras, en casa de Lisón. Cicerón se interesó en gran manera por su esclavo y le envió afectuosas cartas, demostrando en las mismas el cariño e intimidad que sentía por él. Veamos algunos párrafos escogidos al azar.

En uno de ellos <sup>28</sup> le dice Cicerón que sus intereses le han obligado a dirigirse a Roma, pero que, no obstante, *peccasse mihi uideor qui a te discesserim*, pues el anhelo de estar junto a su esclavo predilecto es enorme y no sabe si lo podrá soportar; sigue la carta con una serie de contradicciones, ya que igual le insta a que se haga a la mar para poder encontrarse en Léucade los dos, como que permanezca un poco más en Patras para recuperarse del todo; en fin, *quod ualetudini tuae maxime conducet si feceris, maxime obtemperaris uoluntati meae* <sup>29</sup>. Que Cicerón está profundamente agradecido a su esclavo por los incontables servicios prestados lo encontramos a lo largo de su epistolario con Tirón, incluso, para no hacer la lista demasiado larga, los resume en una línea, englobando todo su cariño <sup>30</sup>. También el fino humor del de Arpino aparece en algunos pasajes, en especial cuando juega con el sentido de las palabras *diligis* y *diligentiae* <sup>31</sup>, y por doquier hallamos frases cariñosas que preguntan por la salud del esclavo preferido.

En todas partes, según nos dice el propio Cicerón, siente necesidad de su presencia y de sus servicios <sup>32</sup>, y no duda nunca recomendarle encarecidamente a sus amigos, como es el caso de A. Varrón, a quien Cicerón encarga que vele por la salud y por la futura travesía de su querido Tirón; con todo, termina diciendo, *numquam sero te uenisse putabo, si saluus ueneris* <sup>33</sup>. En todo momento vemos la diligencia de Cicerón para con su esclavo, cual si se tratara de su propio hijo: envía a *Curius* para que recompense al médico que ha atendido a Tirón, y en Brindisi le tiene preparado un caballo y un mulo para que haga el viaje a Roma <sup>34</sup>. Esta rápida ojeada nos ha servido para ver cuán profundo era el aprecio y la estima en que Cicerón tenía a su esclavo.

Antes de examinar el período augústeo es imprescindible unas líneas para conocer cuál fue la mentalidad de Varrón para con los esclavos. Digamos, ante todo, que los considera, al igual que Catón, como un *instrumentum uocale*, y que como tal no escatima medios para conseguir de ellos el máximo provecho; no obstante, media entre estos dos autores gran diferencia en lo que a concepción general se refiere y a algunos aspectos en particular. Así, Varrón aconseja que «es bueno estimular [a los esclavos] con recompensas, tales como permitirles la formación de su propio peculio, e incluso unirse con las sirvientas...» (*De re rust.*, I, 17, 5); y más abajo sigue: *studiosiores ad opus fieri liberalius tractando aut cibariis aut uestitu largiore aut remissione operis conces-*

<sup>28</sup> Cf. Cic., *Ad Fam.*, XVI, 1, 1.

<sup>29</sup> Cf. Cic., *Ad Fam.*, XVI, 1, 2.

<sup>30</sup> Cf. Cic., *Ad Fam.*, XVI, 4, 3.

<sup>31</sup> Cf. Cic., *Ad Fam.*, XVI, 6, 1.

<sup>32</sup> Cf. Cic., *Ad Fam.*, XVI, 11, 1.

<sup>33</sup> Cf. Cic., *Ad Fam.*, XVI, 12, 6.

<sup>34</sup> Cf. Cic., *Ad Fam.*, XVI, 9, 3.



*sioneue...* (I, 17, 7), ya que de esta forma se les puede inculcar los sentimientos de buena voluntad y benevolencia para con sus dueños.

Es innegable, así pues, que la sensibilidad de Varrón es más fina que la de Catón, y, aunque los esclavos forman parte todavía del inventario de una finca, podemos ver en la obra que comentamos «la tradición moral en las excelentes reglas de conducta que contiene en lo que se refiere a las relaciones del dueño con su criado, esclavos entre los antiguos...»<sup>35</sup>. Y la gran humanidad e incluso dulzura que siente por ellos se deja traslucir en muchos pasajes del libro.

Un cambio radical en todos los aspectos (institucional, social, religioso, literario, etc.) se opera en la historia de Roma con el advenimiento de Augusto al poder. No podemos ni pretendemos hacer en estos momentos una visión de conjunto del «siglo de Augusto» porque el empeño nos llevaría muy lejos y se apartaría por completo del tema de nuestro estudio; con todo, será al menos necesario que resumamos en breves palabras cuál era la situación de la sociedad en este período. Al asumir el César el nombre de *Augustus*<sup>36</sup> empieza ya a vislumbrarse en el horizonte romano el cambio de postura que presidirá la ingente obra reformadora de Augusto; al mismo tiempo, ese presente que se abría incierto aún a los ojos de los ciudadanos romanos, es el que les permitirá no mucho después comprender el glorioso pasado de la urbe: el hondo sentimiento patriótico, el constante elogio de las ancestrales virtudes, el orgullo por las victorias... En todos los órdenes de la vida las tendencias clásicas del período augústeo van a coincidir con la política general del Emperador.

En un principio la entronización del Imperio no acarrió una revolución de la sociedad de la época: al Senado privó de su autoridad política, pero permitió a los senadores mantener los privilegios honoríficos y la riqueza que habían adquirido; a los hombres de negocios, por lo menos durante los primeros años, les dejó las manos libres para actuar a su antojo, aunque más tarde el hundimiento de capitales fue un hecho innegable y derivado de las crisis habidas en las guerras civiles; por lo que respecta a la plebe, Augusto lo único que deseaba es que se mantuviera tranquila, y para ello adoptó una serie de medidas inteligentes, como fueron la total y definitiva adopción a cargo del Estado de las *frumentationes* o distribuciones de trigo, los juegos y fiestas, las liberalidades, las ventas de trigo a bajo precio, etc.<sup>37</sup>

La literatura augústea tiene características afines con la del período anterior, y a la par, rasgos propios que le dan exclusiva originalidad. Veamos cuáles son sus líneas generales. Digamos, ante todo, que la temática de la literatura en esta época no parece haber cambiado en demasía con la que había predomi-

<sup>35</sup> Cf. D. TIRADO BENEDÍ, *Rerum Rusticarum* (México, Imp. Universitaria, 1945), xxix-xxx.

<sup>36</sup> Nombre que propuso al Senado, el 16 de febrero del año 27 a. de C., L. Munacio Planco.

<sup>37</sup> Sin embargo, se abstuvo de inútiles prodigalidades: reparto de vino, supresión de treinta días de fiesta al año para restituirlos al trabajo, etc.

nado en la edad anterior; por el contrario, mientras la época de César fue un tiempo de revueltas, de conflictos, de guerras externas e internas..., el Imperio viene marcado por el denominador común de la paz; y esta paz fue, sin duda, el determinante más calificativo de la literatura augústea, a la cual imprimió un peculiar aspecto de mesura, equilibrio y serenidad que antes no poseía.

Incluso los escritores considerados más grandes entre los augústeos —Virgilio, Horacio y Tito Livio— cabalgan entre la edad cesariana y la augústea, y de ambas compartieron alegrías y sinsabores<sup>38</sup>. Fueron estos tres escritores los que consiguieron que durante el primer período del reinado de Augusto —que abarca desde el año 40 a. de C. hasta el 15 a. de C.— la poesía y la prosa latinas alcanzaran logros nunca más superados; durante la segunda época del «siglo de Augusto» —que se extiende desde el año 15 a. de C. hasta el final de su reinado— la decadencia es evidente, y el único que logró colorear su poesía de originalidad y de magnificencia fue Ovidio.

La sociedad de esta época, una vez absorbidos por el Emperador todos los títulos<sup>39</sup>, se organizó sobre bases nuevas, y las costumbres, los gustos y el arte también se transformaron. Una vez reprimidas las ambiciones particulares se podía dedicar más tiempo a las letras y a los goces del espíritu e incluso el *otium* era más refinado; la manumisión de esclavos era cada día más considerable y los libertos empezaron a formar parte del gran comercio y de la banca. Todo ello dio impulso a una literatura abundante, sin inquietudes políticas ni sociales, sometida a las nuevas formas de la vida, pero renovada en sus expresiones.

Acabamos de afirmar que uno de los rasgos más característicos de la literatura augústea es su total despreocupación por los problemas sociales; esta indiferencia viene determinada por algunos factores, inherentes, como es lógico, con la época: en primer lugar, la paz que se disfrutaba —que había sido largamente deseada por todos— tenía como *condicio sine qua non* el que no se pensase en absoluto en las cuestiones sociales, pues los latinos de cualquier clase y condición estaban todavía atemorizados por las largas e incruentas guerras sociales; también el Emperador, con su poder omnímodo, aniquilaba todo intento que tuviese como finalidad el replanteamiento social; uníase también a esto el hecho sintomático de la promulgación de los diferentes edictos imperiales, que apuntaban, como sabemos, a la estabilidad de las diferentes clases sociales<sup>40</sup>; el «dirigismo literario» que imponía Augusto a los escritores

<sup>38</sup> Cf. nuestra tesis doctoral *Ovidio ante la mujer a través de los «Amores»*, II, B (Valencia, junio 1970), inédita.

<sup>39</sup> A saber: en el año 40 a. de C., el nombre de *Imperator*; el de *Princeps*, en el 28 a. de C.; *Augustus*, en el 27 a. de C.; en el 23 a. de C., el *Imperium proconsulare* y el Poder Tribunicio; el de *Pontifex Maximus*, en el 12 a. de C., y en el 2 a. de C., el de *Pater Patriae*.

<sup>40</sup> Las leyes de Augusto son: *Lex Iulia de maritandis ordinibus*; *Lex Sumptuaria*; *Lex Iulia de pudicitia et de coercendis adulteriis*; *Lex de ambitu*. Todas ellas, aunque tenían como fin primordial el fomentar los matrimonios, encerraban también otras ven-

de su época trajo consigo que la literatura de este período, aun conservando su libertad y espontaneidad propias, estuviesen mediatizadas por las ideas y modelos del Emperador. Todo ello acarreó que las obras de la época alcanzaran metas inauditas y que sus autores mostrasen una pasividad, un despego y un olvido fabulosos para con la realidad que les envolvía.

De los autores que hemos mencionado más arriba, ninguno tuvo la gallardía suficiente para pregonar los problemas sociales: Virgilio deja entrever algo en sus *Geórgicas*, pero circunscribiéndose siempre a los campesinos; Horacio nunca quiso comprometer su dignidad porque debía agradar a una sociedad aristocrática; Tito Livio trazó la imagen de la antigua Roma. Los escritores posteriores a éstos, cuales fueron Cornelio Galo, Tibulo y Propercio, consiguieron la madurez de la elegía romana y tienen como denominador único la pasión amorosa y la evolución de sus propios sentimientos. Nos queda, pues, Ovidio como verdadero pintor del mundo que le tocó en suerte vivir, y de este autor se ha llegado a decir que fue más italiano que romano <sup>41</sup>.

Los temas tratados por el sulmonense son muy variados, ya que abarcan desde los poemas eróticos: *Heroides*, *Amores*, *Ars Amatoria*, *Medicamina* y *Remedia Amoris*, hasta las elegías personales o del destierro: *Tristia*, *Ex Ponto*, *Ibis* y *Halieutica*, pasando por las obras épicas: *Metamorphoses*, *Fasti*, *Gigantomachia* (que no terminó) y *Medea* (que no ha llegado hasta nosotros). Podemos afirmar, así pues, que el de Sulmona reflejó todos los asuntos de su época en su extensa producción, y de la cual forma un capítulo muy importante el pueblo, sin distinción de clases.

Del conjunto de gentes que nos refleja Ovidio hemos escogido los *serui* como objeto de nuestro estudio por varios y poderosos motivos: en primer lugar, por la simpatía con que aparecen tratados en muchos casos (no en todos, como luego veremos); en segundo término, por la minuciosidad de los detalles que aporta para el estudio de la historia de Roma, en particular de la sociedad de su época; también nos ha impulsado a conocer a fondo los *serui* ovidianos la naturalidad y la psicología, fina y profunda, con que los envuelve; por último, y éste es un punto muy importante, porque Ovidio fue el poeta de la vida frívola, el cual, con su aguda e ingeniosa perspicacia, plasmó en unos versos fáciles y fluidos todo el espíritu mundano circundante.

En las dos obras que han sido objeto de estudio por nuestra parte, apreciamos diferentes actitudes de los esclavos: unas veces aparecen como personas crueles, insensibles, mentirosas...; otras se nos presentan fieles, hábiles y dignas de consideración; hay veces que las encontramos enaltecidas y queridas por sus dueños y amantes; finalmente, existe un grupo compacto y uniforme, constituido por los esclavos domésticos, entre los que caben destacar los *trichli-*

tajas: mejoraban la condición de numerosos esclavos puestos en libertad; refrenaban el lujo de las construcciones; moderaban los gastos de los banquetes; excluían de los cargos públicos a los que habían comprado sufragios, etc.

<sup>41</sup> Cf. J. BAYET, *Literatura Latina*, 309.

*narii*, los *ianitores*, las *ornatrices*, etc. Veámoslos, por ende, detenidamente.

La serie de esclavos que en los *Amores* y en el *Ars Amatoria* aparecen consagrados al servicio de la casa romana, podemos clasificarlos en los siguientes grupos: los que servían en los banquetes, los que custodiaban las puertas, los encargados del tocado femenino, los encargados de proteger a la dueña y los que traían y llevaban las cartas de los enamorados. Apenas abierto el primer libro de los *Amores* encontramos <sup>42</sup> una elegía en la que el poeta aconseja a su amada cómo ha de obrar en un banquete si tiene junto a ella a su amante y Ovidio los vigila; nos interesa el tema de la pieza más que nada por la aparición del criado. Forma parte éste del enjambre de esclavos destinados a servir la mesa, es decir, se trata de un *triclinarius* joven y bien parecido; no creemos que se trate de un *scissor* ni mucho menos de un *structor*, de los que nos hablan Petronio, Juvenal o Marcial <sup>43</sup>, sino de un esclavo destinado a escanciar el vino, un *minister* o *puer a cyatho*; estos *pueri* debían estar atentos a los comensales, poniendo sumo cuidado en sus acciones y procurando cumplir su oficio con gestos y ademanes graciosos. Corrobora nuestros asertos, esto es, que se trata de un esclavo que escanciaba vino, el diálogo que enmarca su aparición: viene a decir el sulmonense que la bebida que haya preparado el *uir* de su amada, no la beba ella, y que, por el contrario, en voz baja le pida al esclavo lo que le apetezca <sup>44</sup>.

También en los *Amores* aparece (I, 6) el *ianitor* o esclavo destinado a vigilar y proteger la entrada de la casa <sup>45</sup>. Toda la elegía es una súplica, a veces dura y cruel, a veces impropia del poeta, a este guardián que le impide encontrarse con su amada. Comienza Ovidio lamentando la vergüenza que le causa el ver al *serui* atado, cual vil perro, a una dura cadena, expectante y amenazante al mismo tiempo <sup>46</sup>; según se desprende de las palabras del exasperado enamorado, el portero es «duro como el hierro, más rígido que las puertas, e insensible para con el amante» (vv. 27, 62, 72). Pero no son solamente estos versos los que el sulmonense dirige al inconvencible *ianitor*, sino que toda la pieza es una larga plegaria para que, o entreabra un poco la puerta y por el pequeño resquicio entre Ovidio, o descorra el cerrojo de la misma (vv. 3, 34, 32, 40, 48, 56).

No podían faltar en la lista de esclavos que nos detalla el sulmonense, las *ornatrices* o peinadoras; en los *Amores* las que sobresalen son Nape y Cipasis, y a ellas consagra el poeta dos elegías (I, 11, y II, 7), aunque también hay otra pieza en la que el sulmonense hace alusión a una *ornatrix* de su amada, si bien no especifica su nombre (*Am.*, I, 14, 16). Los adjetivos que Ovidio les dedica nos indican claramente que éstas no eran unas esclavas del montón:

<sup>42</sup> Cf. OVID., *Am.*, I, 4.

<sup>43</sup> Cf. PETR., XXXVI, 6; JUV., V, 120; MARC., X, 48, 15.

<sup>44</sup> Cf. OVID., *Am.*, I, 4, 29-30.

<sup>45</sup> En otro pasaje de los *Amores* el poeta lo dice claramente; cf. *Am.*, III, 11, 12.

<sup>46</sup> El *ianitor* u *ostiarus* solía estar encadenado detrás de la puerta de la *cella ostiaria*. Cf. SUET., *Rhet.*, 3.

*docta* (I, 11, 2), *sollers, grata, fida* (II, 7, 17, 24, 25), sino que debían de ser hábiles, diestras, serviciales y leales. El trabajo fundamental de estas *ministrae* estribaba en *in ordine ponere crines*, aunque estaban auxiliadas por otras esclavas, como se deduce fácilmente del verso ovidiano *neque ancillas inter habenda*<sup>47</sup>; nos describen a las peinadoras, aparte del autor que estudiamos, otros poetas latinos, como Juvenal y Marcial<sup>48</sup>; pero en los *Amores* mismos vemos el resultado que unos tintes mal aplicados han causado a Corina, la amada de nuestro poeta, la cual se ha visto privada de su cabellera natural y se ve obligada a usar peluca. Hallamos en estos versos (*Am.*, I, 14) un claro formulario de peluquería femenina. Con todo, no siempre el trabajo de las *ornatrices* era fácil y ventajoso: al estar tanto tiempo las matronas romanas sentadas en la misma posición, sin apenas moverse, se ponían nerviosas y entonces montaban en cólera contra sus esclavas, les gritaban y muchas veces las amenazaban y castigaban con el látigo, a decir de Ovidio: *tergaque... uerbere secta*<sup>49</sup>. A pesar de ello, lo más normal es que gozasen de la confianza de la matrona, porque ni *silicum uenae nec durum in pectore ferrum* ni tampoco su *simplicitas ordine maior adest* (*Am.*, I, 11, 9-10).

Del grupo de esclavos que estamos mencionando, ocupan un lugar importante aquellos que tienen como finalidad la vigilancia y protección de la mujer; según hemos dicho en otro lugar<sup>50</sup>, muchas de las elegías del sulmonense van aparejadas, es decir, dos seguidas forman un todo, como es el caso de la segunda y tercera del libro II de los *Amores*. Ambas van dirigidas a Bagous<sup>51</sup>, esclavo que acompaña a la mujer que Ovidio pretende: en la primera suplica al esclavo para que le deje entrar en relación con su dueña, y a la par le indica los beneficios que conseguirá; en la segunda la imprecación es más fuerte, ya que antes no ha conseguido ablandarlo. En ambos casos Bagous pertenece a los esclavos domésticos denominados *uulgares*, y más concretamente a aquellos que tenían por misión acompañar a la mujer romana cuando salía de casa e iba sola; le servía para llevarle los objetos, preservarla de los hombres osados, ayudarle en sus compras, etc. En el caso que nos ocupa el poeta se ve privado de la compañía de su amada porque *nimum dominae cura molesta est* (*Am.*, II, 2, 8).

Y para conseguir el fin que se ha propuesto, Ovidio no vacila en ofrecer al esclavo el premio que alcanzará, es decir, la libertad total; la misión de Bagous consiste, pues, en hacer la vista gorda, ya sea en el mismo pórtico de

<sup>47</sup> Cf. OVID., *Am.*, I, 11, 2. Esta observación es de E. RIPERT, *Les Amours suivis de l'Art D'Aimer, Les Remèdes D'Amour et De La Manière de Soigner Le Visage Féminin* (Paris, Garnier, 1957), 368, nota 157.

<sup>48</sup> Cf. JUV., VI, 486 y ss.; MARC., II, 66.

<sup>49</sup> Cf. OVID., *Am.*, II, 7, 22. Una exposición más detallada de todo lo concerniente a estas esclavas se puede encontrar en J. CARCOPINO, *La vie quotidienne a Rome a l'Apogée de l'Empire* (Paris, Hachette, 1969), 195 y ss.

<sup>50</sup> Cf. J. PÉREZ-M. DOLÇ, *Ovidi. Amors* (Barcelona, FBM, 1971), 12.

<sup>51</sup> Según otras lecciones, Bagoas. Es un nombre frecuente tratándose de esclavos persas.

Apoló Palatino<sup>52</sup>, o en el Templo de Isis<sup>53</sup>, e incluso en las gradas del Teatro<sup>54</sup>. Por el contrario, un esclavo delator acarreará desgracias a dos personas: *uir doluit, famae damna puella tulit* (*Am.*, II, 2, 50); aunque el último verso de esta pieza es de una candidez rayana en la ingenuidad, el tono de la corta elegía siguiente es de una ferocidad sin límites; las palabras que el amante dirige al esclavo nos lo confirmarán: Bagous no es *nec uir nec femina* y, por tanto, desconoce los mutuos placeres de Venus (*Am.*, II, 3, 1-2), todo cuanto es propio de hombres, es decir, el subir a caballo, el ir a la guerra y el llevar armas le está vedado (vv. 7-9); su sitio está junto a su dueña, a la que debe cuidar, pues si la perdiese *quis... usus erit?* (vv. 11-12). Y como Ovidio no ve más solución que una nueva súplica, la hace con la esperanza de conmover al inflexible esclavo.

También en otros pasajes hay alusiones al esclavo que protege a la mujer, como en *Am.*, II, 12, 3, en donde el sulmonense resume todos los enemigos a los que ha burlado: ... *uir...*, *custos...*, *ianua firma* en maravillosa progresión; y en el libro tercero de los *Amores* advierte el poeta a un marido demasiado celoso que, aunque a una mujer la vigile un *custos*, si es adúltera, lo será siempre; por el contrario, cada mujer *ingenio est... tuenda suo* (*Am.*, III, 4, 1-2), e incluso duda Ovidio de que la mujer permanezca sin mácula alguna para vanagloria del esclavo protector (vv. 35-36). La pregunta que hace al marido está llena de gran realismo: «¿Por qué has buscado una mujer hermosa, si sólo la querías casta?» (v. 41).

El último grupo de esclavos es el formado por aquellos que tienen por misión llevar y traer las cartas de los enamorados, los cuales, según Ripert, son, aparentemente, más dóciles que los encargados de proteger a la dueña de la casa<sup>55</sup>. Es a Nape, peluquera de Corina (cf. *supra*), a la que Ovidio confía este encargo (*Am.*, I, 11), seguro de que, como en otros momentos, le será servicial. Esta esclava ya le ha ofrecido «sus buenos servicios» en otras citas, y espera ahora que su destreza le brinde un nuevo encuentro con su amada; empero, rápidamente nos damos cuenta de que las tablillas le traen una respuesta negativa (*Am.*, I, 12, 1-2): *infelix hodie littera posse negat*, y el poeta, sédulo en los augurios, lo atribuye a un mal presagio<sup>56</sup>. Mientras aquí Nape es *sedula*, más abajo otra sirvienta, también encargada del mismo menester, es *sollers* (*Am.*, II, 19, 41), esto es, «hábil, engañosa»; el motivo de esta diferencia estriba en que la primera «trabaja para Ovidio», y la otra lo hace para un

<sup>52</sup> Que, a decir de L. Homo, *Rome Antique. Histoire-Guide des monuments de Rome* (Paris, Hachette, 1921), 52, era un lugar de citas galantes.

<sup>53</sup> En éste y otros templos ocurrían a menudo aventuras amorosas. Cf. OVID., *Am.*, I, 8, 74; *Ars*, I, 77 y ss.; III, 633.

<sup>54</sup> También aquí solían suceder devaneos amorosos. Cf. E. GUHL-W. KONER, *La vie antique*, II: *La vie des Romains*, trad. fran. (Paris, Rothschild, 1885), 165 y ss. El propio Ovidio nos lo indica en *Ars*, I, 89 y ss.; III, 394.

<sup>55</sup> Cf. E. RIPERT, *Les Amours...*, 390, nota 432.

<sup>56</sup> Según Ovidio, porque Nape, al salir de casa, se hirió el pie en el umbral de la puerta. Cf. también TIB., I, 3, 19.

marido *stultus*, es decir, «estúpido, imbécil». Las esclavas que se preocupaban de estos menesteres, como acabamos de ver, gozaban de la confianza total y absoluta de su dueña, y ésta, en justa correspondencia, también podía tener plena seguridad en aquélla. Ovidio nos habla de una sirvienta que se escondió las tablillas de su dueña en el pecho en espera de que se marchase el *custos saeuus* de la matrona<sup>57</sup>, y también nos describe en su *Ars* (III, 619 y ss.) que ningún esclavo podrá impedir el que la dueña, mientras está sola en su habitación, dé las tablillas a una *conscia* para que ésta las oculte bajo su *corset*, junto a su pierna, e incluso debajo de sus pies. En fin, a las que viven junto a un hombre y no es su marido les aconseja el poeta que se sirvan de un esclavo o esclava discreto para enviar sus mensajes de amor, y nunca han de utilizar un joven sirviente recién adquirido (*Ars*, III, 485 y ss.).

La pericia de los *serui* del sulmonense es un rasgo peculiar que encontramos en las obras eróticas objeto de nuestro estudio; esta particularidad y el hecho sintomático de las numerosas citas, alusiones y ejemplos que Ovidio prodiga a lo largo de los *Amores* y del *Ars*, nos ha inducido a agruparlos en una serie que engloba los diferentes tipos: esclavos hábiles para los asuntos amorosos; los expertos en sus ocupaciones, y, en fin, los fieles y dignos de consideración y respeto. Fijémonos, así pues, en los distintos tipos. De los primeros nos podemos hacer una idea clara y precisa por una elegía de los *Amores* (I, 8): en la misma nos detalla Ovidio los consejos que una alcahueta llamada *Dipsas*<sup>58</sup> da a la amada del poeta, y entre los que figuran, el tener como amante a un hombre rico, el despojarla de toda castidad y pudor, el aprovechar al máximo la riqueza del varón... Para esto último la amante ha de estar auxiliada por sus armas tradicionales, es decir, ira, lágrimas, embustes, dolos y esclavos. Los *serui* hábiles en estos menesteres se fijarán, ante todo, en la riqueza y posición del pretendido enamorado para intentar sacar el máximo partido del peculio, pero se cuidarán, por otra parte, mucho de pedir más de lo que el hombre pueda ofrecer, so pena de quedarse sin nada. Enterados de esto, han de estar seguros de las cosas que le hacen falta a la dueña y que, por tanto, necesita, y al sugerirlas al amante entonces pueden implorar algo para ellos mismos. Ovidio extiende el radio de peticionarios a la hermana, madre y nodriza de la mujer; los sirvientes que rodean a la amada los encontramos diestros en la forma de actuar, expertos en desplumar a los amantes y capaces de asegurar su propio beneficio (*Am.*, I, 8, 81 y ss.).

En lo concerniente a la destreza de los esclavos, también el poeta nos habla de ella en algunos pasajes de su obra. Aunque más arriba hemos mencionado a Nape y Cipasis, no está de más que recalquemos su extraordinaria habilidad, a decir del poeta: Corina, nos explica Ovidio, aprecia a la segunda y la estima

<sup>57</sup> Cf. Ovid., *Am.*, III, 1, 55-56.

<sup>58</sup> En griego δειψάς significa «sediento», y al mismo tiempo se denominaba así una variedad de serpientes venenosas. Era frecuente asimilar las alcahuetas a las serpientes. Cf. Hor., *Sat.*, II, 8, 95.

porque las manos de su peluquera son *aptas*, y, además, es *perfecta* tocante a disponer los cabellos según los deseos de su dueña. Nape es *colligere incertos et in ordine ponere crines Docta* (*Am.*, II, 7, 23; 8, 1; I, 11, 1-2); la misma habilidad de las esclavas comporta que, al sentirse seguras, queridas y respetadas en muchos momentos, sean leales y fieles a su dueña, como ocurría con Cipasis, la cual nos la refiere el poeta como *tam fida* (*Am.*, II, 7, 25) a Corina. Que los esclavos ovidianos, al menos en las obras que estudiamos, sean muchas veces el medio del que se vale el sulmonense para llevar a cabo las citas entre los amantes, es una cosa sabida por todos. Es por eso por lo que en el *Ars*, entre los consejos que el autor da a los hombres para conseguir su propósito, encontramos unos versos dedicados a exaltar la condición de los esclavos. Aunque la clase social a que pertenecen los sirvientes, viene a decir Ovidio, es ínfima, no por eso hay que tener vergüenza y pudor en granjearse la confianza de los mismos, ya sea *ancilla* o *seruus*; todos ellos, si el amante pretende alcanzar la finalidad propuesta, han de ser llamados por sus nombres respectivos —¡nunca despreciarlos con mote y sobrenombres!—, y el hombre enamorado tiene que estrechar sus *humiles... manus* entre las suyas como si se tratasen de verdaderos amigos y compañeros. Por lo que respecta a cuándo hay que hacerles obsequios, el autor diferencia entre esclavo y esclava, pues mientras al primero aconseja que sea el día de la Fortuna<sup>59</sup>, para las sirvientas dice que ha de ser el 7 de julio<sup>60</sup>; e incluso va más lejos Ovidio y nos dice que no sólo estos dos han de ser tenidos en consideración, sino que también el *ianitor* y el que custodia la puerta de la habitación de la amada (cf. *supra*) han de quedar englobados (*Ars*, II, 251-60).

Contrapuesto a este grupo de esclavos, los cuales, según hemos visto, tienen como característica general el altruismo y la afabilidad, existe una colección de sirvientes bastante numerosos que vienen marcados por rasgos específicamente opuestos a los anteriores; los encontramos, unas veces, embusteros y falaces; otras, confidentes y encubridores, ya crueles e insensibles, ya adúlteros y ladrones... Una sombría descripción la que nos hace Ovidio de la esclavitud de su época.

No son muchas en verdad las ocasiones que el autor nos describe a los esclavos como seres taimados y astutos; sin embargo, no podían faltar los tipos clásicos del *serui* mentiroso y ocurrente. En la última elegía del libro primero de los *Amores*, sin duda alguna la más célebre<sup>61</sup>, Ovidio afirma taxativamente

<sup>59</sup> Es decir, el 24 de junio, conmemoración del día que *Seruius Tullius* consagró el Templo de la Fortuna.

<sup>60</sup> Aniversario de la retirada de los Galos y de la requisitoria de los pueblos vecinos de Roma al Senado para que les entregasen todas las mujeres libres. Por una estratagema de la esclava *Philotis*, ésta y sus compañeras se vistieron con las ropas de sus señoras, y al llegar al campo de batalla embriagaron a los enemigos y dieron la victoria a los romanos. Muy bien explicado en CL. HERRMANN, *Le rôle judiciaire et politique des femmes sous la République Romaine*, Latomus, LXVII (Bruxelles, Berchem, 1964), 45 y ss.

<sup>61</sup> En opinión de E. RIPERT, *Les Amours...*, 371, nota 192.



que existen unos clisés modélicos, sin los cuales no pueden concebirse ciertos géneros literarios; y refiriéndose en concreto a la comedia, proclama que en tanto *fallax seruus, durus pater, improba lena uiuent...* no dejarán de haber escritores como Menandro (*Am.*, I, 15, 17-18). También en el capítulo denominado «Las penas del Amor»<sup>62</sup> hallamos una *mendax ancilla* que, con aspecto insolente y altanero, pregunta por qué el enamorado permanece impasible ante las puertas de la casa de su dueña, siendo así que la amada le ha rechazado. En opinión del poeta, el corazón de los amantes alberga pocas alegrías y sí muchos sinsabores, y muchas veces las cosas que hemos de soportar *multo spicula felle madent* (*Ars.*, II, 520 y ss.).

Tampoco podían faltar en los *Amores* y en el *Ars* los esclavos cómplices, sin los cuales es casi imposible alcanzar la meta deseada. En la primera obra es Bagous (cf. *supra*) el que puede sacar provecho si presta atención a los consejos de Ovidio (*Am.*, II, 2, 27 y ss.); dejando aparte las recompensas materiales, siempre beneficiosas, y las continuas consideraciones, el *seruus conscius* es, ante todo, *potens*; los demás esclavos no son más que *sordida turba*, ya que jamás logran salir del anonimato, nunca gobiernan la casa y siempre son castigados. Además, y esto es sin duda alguna lo más importante, siendo confidente de la dueña el premio que recibirá en poco tiempo es la libertad; pues *quis minor est... quam tacuisse labor* (*Am.*, II, 2, 28).

La complicidad de la esclava es un capítulo tratado con bastante extensión en el libro primero del *Ars*; por medio de esta sirvienta es muy fácil entrar en contacto con la dueña, en especial si el enamorado sabe granjearse la simpatía de la esclava *conscia* por medio de promesas y súplicas, y además *Illa leget tempus... Quo facilis dominae mens sit et apta capi* (*Ars.*, I, 357-58); un momento oportuno para estimular la atención de la amada es por la mañana, cuando la sirvienta peina sus cabellos y dice a su matrona que es casi imposible que sea parecida a una rival. Entonces puede urdir las mentiras que quiera: que el varón está loco de amor por ella, que sus palabras son extremadamente persuasivas, que a toda hora piensa en ella... El tener un cómplice en casa de la amada siempre reporta beneficios, y a la larga la propia dueña acaba por caer en los brazos del intrépido varón.

La crueldad de los esclavos ovidianos no aparece en muchos pasajes de las obras que comentamos; sin embargo, no por ello hemos de omitir las citas que hace el poeta, como es el caso de la pieza sexta del libro primero de los *Amores* (cf. *supra*), dedicada al *ianitor* de su amada; nos describe Ovidio a este siervo como si tuviese un poder omnímodo, capaz de adoptar por sí solo decisiones drásticas y de bastarse a sí mismo. El enamorado, en este caso nuestro poeta, nos dice que no teme «ni a las sombras de la noche ni a las manos que le pueden causar la muerte», sino que *te nimium lentum timeo, tibi blandior uni* (*Am.*, I, 6, 15); el motivo de este temor viene condicionado por la autoridad que el guardián inmovible tiene, es decir, la suprema solución, o dicho en

<sup>62</sup> Cf. H. BORNECQUE, *L'Art d'Aimer* (Paris, Les Belles Lettres, 1967), 50.

otras palabras, el negarse o no a abrir la puerta. Las plegarias que el sulmonense dirige al esclavo en cuestión y las amenazas no tienen ningún valor, ya que es *lentus* (vv. 41, 72) y *foribus durior ipse tuis* (v. 62). Hay otro momento también en los *Amores* en el que vemos al poeta describirnos al guardián de una casa como *saeuus* (*Am.*, III, 1, 55), pero lo hace por boca de la elegía, que se vanagloria de sus méritos y de todo lo que ha concedido a Ovidio (*Am.*, III, 1, 32-60).

También el poeta nos habla algunas veces de los concúbitos con las esclavas y de la utilidad de estas uniones; parca es la respuesta ovidiana y, al mismo tiempo, llena de realidad, pues advierte que *talibus admissis alea grandis inest* (*Ars*, I, 376); es decir, la incertidumbre es enorme en esos menesteres, ya que, mientras la criada adúltera se convierte en una mujer celosa, la dueña, al conocer la cópula del amante con su esclava, pierde actividad. Por esto el poeta aconseja al enamorado abstenerse de concúbitos con las sirvientas, pues *casus in euentu est* (*Ars*, I, 379-80); en todo caso, y esto sí que nos resulta un tanto chocante y nos revela la ironía y el buen humor ovidianos, lo que hay que hacer es *domina potiare prius, comes illa sequatur* y nunca *non tibi ab ancilla est incipienda Uenus* (*Ars*, I, 385-6). Empero, casi al final del *Ars* hallamos un gran sarcasmo y mordacidad, cuando las palabras del sulmonense nos dicen que en casos extremos, es decir, cuando la *cura custodis* es grande, entonces sí que hay que servirse de una esclava *conscia* para que se divierta con el odioso guardián con *deliciis... tardis* y, a su vez, ella misma *longa iungitur... mora* (*Ars*, III, 649-50).

Un Ovidio inconsecuente y desigual —que nos revela a la par el gran poeta que fue— se nos aparece en los *Amores* en lo concerniente al adulterio con las esclavas; fijémonos en sus palabras. Las elegías séptima y octava del libro segundo —que forman un todo— contienen algunas contradicciones, dignas de mencionarse: por un lado, el poeta desmiente categóricamente que nunca *dominae contemerasse torum* con Cipasis (cf. *supra*), peluquera de Corina *contemtae sortis*; y va más lejos, defendiéndose de tales acusaciones, porque a renglón seguido añade que «ningún hombre libre puede desear el tener concúbitos con una esclava que lleva en su espalda la marca de los azotes» (*Am.*, II, 7, 18 y ss.). Incluso para que sus palabras sean creídas por Corina, afirma que *per Ueneris feci numina magna fidem!* (*Am.*, II, 8, 18). Sin embargo, en esta misma pieza encontramos por doquier palabras que desmienten las anteriores: Ovidio sabe perfectamente que Cipasis no es ninguna novicia en los placeres de Venus (*Am.*, II, 8, 3); afirma que ha tenido antes relaciones con ella (*Am.*, II, 8, 6-8) y que, al igual que los reyes, él ha seguido el ejemplo de algunos (*Am.*, II, 8, 11-14). Pero, sin duda alguna, lo que más nos asombra es la petición de nuevas relaciones y concúbitos: *mihî... repende Concubitus hodie fusca Cypassi tuos* (*Am.*, II, 8, 21-22), signo inequívoco de anteriores fornicaciones.

El último grupo de esclavos lo forman tipos heterogéneos y diversos, que los hemos reunido bajo la denominación común de híbridos: encontramos los

jóvenes sometidos, el propio poeta y su amada, los esclavos manumitidos, las criadas queridas por héroes, etc. Todo un conglomerado de los más surtidos tipos. Fijemos nuestra atención en los más sugestivos. En una elegía —definida por un estudioso de nuestro poeta como «El triunfo del Amor»<sup>63</sup>— vemos que Ovidio se confiesa como la última presa de Cupido y a éste va a consagrar su inspiración. El amor será, por tanto, su musa, y el poeta sólo le pide *pacem ueniamque* (*Am.*, I, 2, 21) para que todo el mundo le esté sometido: a él le aclamará el pueblo triunfante, le seguirán *iuuenes capti captiaeque puellae*, y el propio Ovidio, su *praeda recens* (*Am.*, I, 2, 27, 29).

Con todo, el sulmonense no se conforma con ser esclavo del Amor, sino que, aun siendo vergonzoso, desea *seruire puellae* (*Am.*, II, 17, 1) y rebajarse hasta lo más ínfimo, como nos lo indican sus propias palabras: *tu... in quaslibet accipe leges* (*Am.*, II, 17, 23). No debemos, empero, fiarnos en demasía de los versos del poeta, porque si continuamos leyendo nos daremos cuenta de que el *seruire puellae* que anhela no tiene más finalidad que el *medio iura dedisse toro* (*Am.*, II, 17, 24); es decir, se doblega y se humilla, pero manteniendo la esperanza de que Corina «le dictará unas leyes en medio del foro»<sup>64</sup>.

Diferente es, en cambio, el que su amada aparezca como una esclava, tanto en la forma como en el fondo. El poeta no quiere ni tan siquiera pensar que pueda ocurrir, ya que esto sería para él la mayor desgracia. Y para que nuestras palabras tengan más fuerza, veamos qué nos dice Ovidio cuando en un momento de furia ciega y de obnubilación total golpea con las manos a su amada (*Am.*, I, 7). El hecho verdaderamente denigrante de que la muchedumbre que siempre acompaña al vencedor aclame con fuerza *Io! forti uicta puella uiro est!*, y en especial el que ella vaya delante *effuso tristis captiua capillo* (*Am.*, I, 7, 38-39), le acongoja en grado sumo. No nos extrañan en absoluto los versos finales de la elegía, llenos de una angustia real, en los que afloran los sentimientos ovidianos de sinceridad y de virtuosismo poéticos<sup>65</sup>, e incluso en esta misma obra nos vuelve a repetir más abajo que *nec tamen ingenuam ius est seruare puellam* (*Am.*, III, 4, 33); sin embargo, también hallamos otro pasaje en el cual afirma Ovidio que «la mujer puede ser tratada hoy en día como una esclava por aquel que puede hacer muchos regalos» (*Am.*, III, 8, 61-62), aunque no sea éste el sentir de nuestro poeta.

Las promesas de libertad al esclavo las encontramos en muchos pasajes del *Ars* y de los *Amores*, y, aunque ya hemos hecho alusión a algunas de ellas (cf. *supra*), no está de más que citemos las propias palabras de Ovidio: *Haec fac, in exiguo tempore liber eris* (*Am.*, II, 2, 40). No parece probable que el poeta, a tenor de sus versos, se opusiera a la manumisión de los esclavos, porque él en persona nos dice que «no hay que despreciar al esclavo que ha com-

<sup>63</sup> Cf. E. RIPERT, *Les Amours...*, 357, nota 13.

<sup>64</sup> Esto es, en medio del lecho.

<sup>65</sup> En contra de lo que opina E. RIPERT, *Les Amours...*, 362, nota 81.

prado la libertad», y en todo caso *gypsati crimen inane pedis* (*Am.*, I, 8, 63-4)<sup>66</sup>, sin embargo, el humor ovidiano, del que nos habla E. de Saint Denis<sup>67</sup>, lo vemos claramente expuesto en el *Ars*, cuando afirma el sulmonense que, si se le ha prometido la libertad a un esclavo, *hanc tamen a domina fac petat ille tua* (*Ars*, II, 290), y así la amada puede parecer como que *partes... potentis agat* (*Ars*, II, 194).

El castigo que recibían los esclavos en la época de Ovidio parece que empezaba a suavizarse bastante, o cuando menos las obras del sulmonense no nos hablan de las penas con que los amos inflexibles castigaban a sus sirvientes, muchas veces guiados por la pasión y el capricho; la mayoría de estos correctivos comportaba inexorablemente la muerte del siervo, como el *ergastulum*, el *patibulum*, etc., o les dejaba completamente privados, como el *crurifragium* —fractura de las piernas—, la mutilación, o el *eculeus* —potro de tormento que estiraba los miembros—. Las alusiones que el sulmonense hace a tal respecto se concretan en recibir azotes (*Am.*, I, 6, 19; II, 2, 61; II, 7, 22) y en liberarlos de la *poenam* y de los *uincula saeva* (*Ars*, II, 291).

Éstas han sido, a grandes rasgos, las características más sobresalientes de los *serui* en la poesía amorosa de Ovidio; con todo, aún han quedado fuera de los estrictos límites de nuestro trabajo algunos aspectos por tratar, como, por ejemplo, las alusiones que el poeta hace a las esclavas amadas por héroes (*Am.*, II, 8, 11 y ss.), o sobre la conveniencia de violar a la sirvienta de la amada (*Ars*, I, 375 y ss.), o, en fin, acerca de los rasgos físicos de los esclavos (*Ars*, III, 665). No obstante lo cual, creemos que los *serui* ovidianos han quedado suficientemente estudiados. A partir de los escritores del «siglo de Augusto» la literatura latina va a cambiar de rumbo, y encontramos que en las obras de los autores inmediatamente posteriores ya se nota de forma clara y precisa la evolución que empieza a gestarse en el siglo I antes de Cristo y que se desarrolló plenamente a partir del período postclásico. Un par de ejemplos sólo para corroborar nuestros asertos.

Fijémonos en Tácito, el gran historiador romano que floreció en la segunda mitad del siglo I después de Cristo; dos o tres citas, extraídas de las *Historias* y de los *Anales*, nos ayudarán a comprender cómo la posición de los esclavos en el mundo romano va cambiando a pasos agigantados, y de mero instrumento de trabajo se convierten en eficaces colaboradores de sus dueños, por los que

<sup>66</sup> Los pies de los esclavos de ultramar puestos en venta solían estar marcados con yeso; cf. ТЫБ., II, 3, 60; PLIN., *Nat. Hist.*, XXXV, 17; JUV., I, 111. Por lo que respecta a los tipos de manumisión de los esclavos, nos es imposible hacer aquí una larga exposición de los mismos, y solamente citaremos las formas de *manumissio* más usuales: *Manumissio per vindictam*, *manumissio censu* y *manumissio testamento*, es decir, que se concedía la libertad al esclavo ante el magistrado, o se le inscribía en las listas de los censores, o bien se le liberaba en un acto de última voluntad. Más tarde hubo otras formas de manumisión: *manumissio inter amicos*, *manumissio per epistolam* y *manumissio per mensam*.

<sup>67</sup> Cf. E. DE SAINT-DENIS, «Le malicieux Ovide», *Ovidiana. Recherches sur Ovide* (Paris, Les Belles Lettres, 1958), 184-200.

sienten no sólo respeto y sumisión, sino también cariño y apego. En la última de las obras citadas, es decir, en los *Anales* —aunque cronológicamente es posterior a las *Historias*, sin embargo nos narra hechos anteriores, concretamente desde la muerte de Augusto hasta la de Nerón— encontramos un claro exponente de lealtad y fidelidad de los esclavos para con sus dueños. En el libro XIV, 50, nos refiere Tácito que Nerón, para casarse con Popea, repudió a Octavia pretextando que era estéril; sin embargo, Popea, no contenta con esto, *quendam ex ministris Octaviae impulit seruillem ei amorem obicere*. Todas las esclavas de Octavia fueron interrogadas y algunas confesaron la mentira al ser atormentadas, pero *plures perstitere sacritatem dominae tueri*. Dión Casio nos dice que Pitias<sup>68</sup>, una de las esclavas, antes de responder a Tigelino<sup>69</sup> le escupió en la cara.

También en las *Historias* —en las que nos narra los acontecimientos que sucedieron desde la muerte de Nerón (año 69) hasta la de Dominiano (año 96)— hallamos magníficos ejemplos de la *contumax etiam aduersus tormenta seruorum fides* (*Hist.*, I, 3, 1); así, en el capítulo 50 del libro cuarto vemos que Tácito nos refiere un gran gesto —¡afrentar la muerte!— del esclavo de Pisón, cuando al ver en la casa unos caballeros enviados por Festo para asesinar a su dueño, entonces el criado *egregio mendacio se Pisonem esse respondit ac statim obtruncatur* (*Hist.*, IV, 50, 6). ¡Cuánta grandeza de espíritu y de corazón se desprenden de las palabras de Tácito!

El segundo ejemplo del cambio que se está fraguando en el siglo I después de Cristo respecto a la condición del esclavo, lo podemos encontrar en Séneca. Recientemente han llegado a nuestras manos dos trabajos que aportan no poca luz al tema en cuestión<sup>70</sup>, reflejando de manera clara y precisa la evolución servil, aunque Santa Cruz ya nos había hablado<sup>71</sup> un poco de esto, por citar solamente tres estudios, no obstante ser muchos los que han tratado sobre el particular. (Cf. JOSÉ GUILLÉN, «La esclavitud en Roma», *Helmantica*, XXIII (Salamanca, Universidad Pontificia, 1972), 5-82, con abundante bibliografía.)

Tres son los puntos principales sobre los que descansan los postulados del filósofo español: 1.º, familiaridad en el trato, como nos lo indican sus propias palabras: «*Serui sunt*», *Immo homines*; «*Serui sunt*», *Immo contubernales*; «*Serui sunt*», *Immo humiles amici* (*Ad Luc.*, XLVII, 1); 2.º, dominio cimentado en el respeto mutuo, nunca en el temor: *colant potius te quam timeant... non potest amor cum timore misceri* (*Ad Luc.*, XLVII, 17-18); 3.º, castigos benévolos, según se desprende de *sic cum inferiore uiuas, quemadmodum*

<sup>68</sup> Cf. DIÓN, LXII, 13.

<sup>69</sup> Tácito (*Ann.*, XIV, 50, 3) nos dice que la respuesta de ésta a Tigelino fue: *castiora esse muliebria Octaviae... quam os eius*.

<sup>70</sup> I. MUÑOZ VALLE, *Estudios sobre la esclavitud antigua* (Madrid, Gredos, 1971); E. MATILLA, «La esclavitud en Séneca», *Est. Clás.*, 62 (Madrid, C. S. I. C., 1971), 115-132.

<sup>71</sup> J. SANTA CRUZ TEJERO, *Digresiones romanísticas en torno al Epistolario de Séneca a Lucilio* (Valencia, Bello, 1969). Y también en el breve artículo «Séneca y la esclavitud», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XIV (Madrid, C. S. I. C., 1942-43), 612-620.

*tecum superiorem uelis uiuere* (*Ad Luc.*, XLVII, 11). He aquí, en pocas líneas, cuál era el pensamiento de Séneca.

Así pues, el cambio de mentalidad de los romanos en el trato con los esclavos es un hecho evidente y palpable. Y ya un poco después de Augusto <sup>72</sup> la *Lex Petronia* prohibió a los dueños condenar a luchar con las fieras, sin previo juicio, a los esclavos culpables de alguna falta. En el Digesto (40, 8, 2) vemos un edicto de Claudio, en el que se dice que el esclavo enfermo que haya sido abandonado por su dueño *competit libertas*. Adriano quitó al amo el derecho de vida y muerte sobre los esclavos <sup>73</sup>. En fin, Antonino Pío consideró como homicidio la muerte del esclavo <sup>74</sup>.

Volvamos, no obstante, a Ovidio. Hemos visto en las dos obras estudiadas diferentes maneras del comportamiento servil, ya duros e insensibles, ya bondadosos y amables, ora leales y serviciales, ora ásperos y huraños; todo ello nos demuestra palpablemente que el sulmonense marca una etapa de transición entre una concepción y otra, y que, desde luego, su pensamiento cabalga entre ambas épocas, comulgando de las dos. Con todo, si tuviéramos que matizar un poco más e inclinarnos en algún sentido, no dudaríamos en afirmar que los tratados de Ovidio contienen más ideas, conceptos y sentimientos de la evolución próxima a iniciarse que de la pasada. Y es importante saber esto, porque de otra forma difícilmente podríamos llegar a comprender el cambio operado en los escritores posteriores, para los cuales el de Sulmona fue el encentador.

<sup>72</sup> Cf. J. SANTA CRUZ, *Digresiones romanísticas...*, 30. Concretamente, en el año 79.

<sup>73</sup> Cf. *Scriptores Historiae Augustae. De uita Hadriani*, XVIII.

<sup>74</sup> Cf. J. CARCOPINO, *La vie quotidienne...*, 78.

## INDICE

	<u>Página</u>
Homenaje al Prof. Julián San Valero Aparisi . . . . .	5
JULIO SEOANE: El comportamiento automático: La Cibernética . .	11
RAMÓN ALMAZÁN: El concepto de ente de razón en Kant . . . .	21
J. ADOLFO ARIAS MUÑOZ: Para una fenomenología de la angustia en J. P. Sartre . . . . .	31
SERAFÍN VEGAS GONZÁLEZ: Las categorías de una ontología-existen- cial en la fenomenología . . . . .	43
JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO: Notas para el estudio de los semina- rios españoles en el pontificado de Pío IX . . . . .	51
LEÓN ESTEBAN Y MATEO: El rector Blasco y la reforma universitaria de 1787 en Valencia . . . . .	89
ANTONIO LINAGE CONDE: La dualidad lingüística y las mentalidades del país valenciano . . . . .	103
PEDRO PÉREZ PUCHAL: Natalidad, fecundidad y mortalidad en la ciudad de Valencia . . . . .	117
JOSÉ BERNABÉ MAESTRE: Mapas de pendiente. Métodos y aplicación.	135
JOSÉ SÁNCHEZ ADELL: Estructura agraria de Castellón de la Plana en 1398, . . . . .	147
ROSA VALLÉS COSTA: El poblamiento en las islas de Ibiza y For- mentera, . . . . .	177
ADRIÁN ESPÍ VALDÉS: La escuela pictórica alcoyana. 1769-1969 . .	191
FRANCISCO JORGE PÉREZ DURÁ: Los «serui» en la poesía erótica de Ovidio , . . . . .	221